

El Amor y la Generosidad a través de una Latita de Leche

Autor Administrador
lunes, 16 de febrero de 2009
Modificado el lunes, 16 de febrero de 2009

Dos hermanitos en puros harapos, provenientes del arrabal, uno de cinco años y el otro de diez, iban pidiendo un poco de comida por las casas de la calle que rodea la colina.

¡Estaban hambrientos!

- Vayan a trabajar y no molesten -se oía detrás de la puerta-

- Aquí no hay nada, pordioseros... -decía otro-

Las múltiples tentativas frustradas entristecían a los niños... Por fin, una señora muy atenta les dijo:

- Voy a ver si tengo algo para ustedes... ¡Pobrecitos!

Y volvió con una latita de leche. ¡Qué fiesta! Ambos se sentaron en la acera.

El más pequeño le dijo al de diez años:

-Tú eres el mayor, toma primero... y lo miraba con sus dientes blancos, con la boca medio abierta, relamiéndose.

Yo contemplaba la escena como tonto... ¡Si vieran al mayor mirando de reojo al pequeñito...!

Se lleva la lata a la boca y, haciendo como que bebía, apretaba los labios fuertemente para que no le entrara ni una sola gota de leche.

Después, extendiéndole la lata, decía al hermano:

-Ahora es tu turno. Pero sólo un poquito, eh!

Y el hermanito, dando un trago exclamaba:

-¡Está sabrosa!

-Ahora yo, -dice el mayor.

Y llevándose a la boca la latita, ya medio vacía, no bebía nada.

"Ahora tú", "Ahora yo", "Ahora tú", "Ahora yo"...

Y, después de tres , cuatro, cinco o seis tragos, el menorcito, de cabello ondulado, barrigudito, con la camisa afuera, se

acababa toda la leche... él solito.

Esos "ahora tú", "ahora yo" me llenaron los ojos de lágrimas...

Y entonces, sucedió algo que me pareció extraordinario.

El mayor comenzó a cantar, a danzar, a jugar fútbol con la lata vacía de leche. Estaba radiante, con el estómago vacío, pero con el corazón rebosante de alegría.

Brincaba con la naturalidad de quien no hace nada extraordinario, o aún mejor, con la naturalidad de quien está habituado a hacer cosas extraordinarias sin darles la mayor importancia.

Creo que de aquel muchacho podemos aprender una lección:

"Quien da es más feliz que quien recibe."

Es así que debemos amar. Sacrificándonos con tanta naturalidad, con tal elegancia, con tal discreción, que los demás ni siquiera puedan agradecernos el servicio que les prestamos.

Fuente: Hace mucho tiempo nos llegó por email y hoy lo rescatamos de nuestro baúl de los recuerdos.

{mosloadposition user202}